

¿El poder en los movimientos?

Yves Sintomer¹

A publicar en *La Vanguardia*, Domingo, 29/06/03

“El poder esta en la calle” fue un eslogan popular durante el mayo del 68 en Francia. Al final, De Gaulle se quedó en el poder, pero la sociedad francesa fue profundamente cambiada. ¿Va a repetirse algo parecido con las inmensas manifestaciones contra la segunda guerra del Golfo y contra la posición del gobierno Aznar en el conflicto? ¿Esta el poder en los movimientos?

Los desfiles de ciudadanos que gritan “No en mi nombre” son el símbolo de una nueva conciencia de época. Hegel escribió en su *Filosofía del derecho* que un gran estadista tiene que desdeñar la opinión pública. En la Unión Soviética, el régimen estalinista radicalizó esta lógica al punto de hacer una guerra contra su pueblo. Sin llegar hasta esta extremidad, Aznar ha tomado muy en serio el filosofo alemán y ha apoyado una guerra contra la opinión del 95% de su pueblo. Este elitismo se vuelve siempre menos legítimo y la reivindicación democrática se hace fuerte: los gobernantes no deben decidir solos y tienen que tomar en cuenta lo que dicen los ciudadanos, especialmente cuando se movilizan en las calles.

Esta reivindicación no es nueva. Desde las revoluciones del siglo XVIII, las democracias representativas están atravesadas por una tensión. Por un lado, la elección instituye una distancia entre los gobernantes y los ciudadanos y una monopolización del poder real por los primeros. Esta tendencia ha crecido con la profesionalización del personal político. Por otro lado, los gobernantes no pueden ignorar completamente la base si quieren ser reelectos. Esta paradoja se ha hecho más aguda desde algunos años. La crisis de las estructuras autoritarias en la sociedad y la educación creciente de los demás hace difícil seguir con una división del trabajo que da el monopolio de la definición del interés general a los gobernantes y limita los ciudadanos a la expresión de intereses particulares. La crisis de los grandes partidos que habían permitido la integración de las masas en el sistema político aumenta la distancia entre éstas y éste. El peso creciente de las medias, las intervenciones del poder judicial en el juego político, el proceso de globalización y la integración europea reducen el peso del poder político nacional – en una transición del gobierno a la “*governance*”, una palabra inglesa que se traduce en castellano por el termine un poco diferente de “governabilidad”. El parlamento,

¹ Profesor de sociología, Universidad de Paris 8/Centro Marc Bloch (Berlín). Autor (con Marion Gret) de *Porto Alegre, La esperanza de otra democracia*, Debate, Madrid, 2003.

órgano clásico de la democracia representativa, está rebajado de frente a la fuerza del ejecutivo. Factores más coyunturales, como los escándalos políticos, contribuyen a la crisis de legitimidad política.

No se puede retroceder al poder parlamentario clásico europeo del siglo XIX, cuando el pueblo que quedaba excluido de la votación. No se puede tampoco volver al poder de los partidos del siglo XX, cuando estos controlaban las redes de socialización en las cuales millones de personas vivían desde el nacimiento hasta la muerte en muchos países europeos. ¿Tenemos entonces que confiar en las medias para que los ciudadanos tengan algunos portavoces? ¿Tiene la política que inclinarse frente a los lobbies y a los actores no políticos, como las empresas o los jueces? ¡Ojalá no! Por eso la movilización de una nueva generación política en los últimos movimientos es tan importante. Responde a un desafío fundamental: ¿Será la nueva gobernabilidad democrática?

Por supuesto, siempre hubo movimientos sociales en las democracias occidentales. Es precisamente una característica de este tipo de régimen permitir la expresión de la opinión pública a través de la libertad de prensa o a través de la movilización de los ciudadanos. Pero tres fenómenos aparecen como nuevos. Primero, aún si hay militantes partidarios en las luchas y si la oposición política aprovecha de la oportunidad para intentar reconquistar la hegemonía política, los partidos políticos no controlan estos movimientos y la mediación partidaria ya no es más necesaria para conseguir un impacto real. Por eso la contestación del gobierno Aznar en las calles no se ha traducido mecánicamente en votos por la izquierda. Segundo, los movimientos pacifista y contra la globalización neoliberal no están organizados en una estructura única y jerárquica, sino en redes flexibles y bastante descentralizadas. Funcionan con coaliciones evolutivas, grupos de afinidad, decisiones consensuales, prácticas pluralistas. Dejan posibilidades de acción autónoma a los actores que se involucran en la lucha. Tercero, en el ámbito local como en el ámbito internacional —es decir, donde la nueva gobernabilidad se desarrolla más— se puede notar una institucionalización creciente del diálogo de los gobernantes con los movimientos a través de varias formas de democracia participativa. De la creación de presupuestos participativos hasta la presencia sistemática de las ONGs y de otros movimientos en margen de las cumbres políticas oficiales, es otra forma de democracia que surge.

No quiero decir que todo sea fácil, progresista y democrático. Los desafíos son muchos. El primero es el de la representatividad. Muchas veces, algunos sectores sociales quedan fuera de las movilizaciones y los excluidos de la democracia representativa quedan marginados en la

democracia participativa. ¿Cómo permitir a los más dominados, a los precarios, a los inmigrantes, a las mujeres, a las clases populares, un poder real en la nueva gobernabilidad?

El segundo desafío es el de la democracia interna. En su conjunto, los nuevos movimientos son bastante democráticos porque no existe una estructura hegemónica que imponga sus directivas a las otras y porque su descentralización permite muchas acciones autónomas. Todavía, en cada organización, el poder de decisión central sigue muchas veces monopolizado y poco discutido. Es el caso de muchas ONGs o de la asociación Attac en Francia.

El tercer desafío es el de la articulación de las protestas con la capacidad de proponer políticas alternativas. Para mencionar sólo un ejemplo, las personas que más se movilizan contra las cumbres del G8 o de la NATO no siempre son las que más cuentan en los Foros Sociales Mundiales o Europeos, y vice-versa. Entre los grupos de jóvenes radicales y los militantes más viejos ligados a los sindicatos, a la izquierda tradicional, a las ONGs o a asociaciones como Attac, el diálogo no siempre resulta fácil.

El cuarto desafío es el de institucionalizar la democracia participativa sin poner en peligro la autonomía de la sociedad civil y burocratizar la espontaneidad de sus movimientos. Además, cuando el sistema político está completamente cerrado sobre sí mismo, cuando un gobierno se queda sordo a lo que grita su pueblo, ¿cómo pueden los movimientos influir sin entregarse a un partido?

Estos desafíos resultan difíciles, pero son nuestros. La democracia nunca fue un proceso sencillo. Es el régimen de la incertidumbre, de la innovación perpetua, de la contestación. Tenemos que escoger. O el nuevo poder de los movimientos y de los mecanismos de participación se fortalecen, o la crisis de legitimidad del sistema político institucional dejará todo el espacio al poder no democrático de los lobbies y a las formas plebiscitarias del espectáculo mediático o del populismo autoritario.